

PERUCHO

ELIO GÓMEZ GRILLO

ÚLTIMAS NOTICIAS, 26 DE JULIO DE 2004, PÁG. 23



Perucho, a quien bautizaron como Pedro Rincón Gutiérrez (1923-2004), era casi un adolescente cuando se marchó de su Maracaibo natal a la Mérida de ruanas encorbatadas, y entre fríos y neblinas se hizo médico a los 24 años de edad, en 1947. Su especialidad fue obstetricia, en la que se le designó profesor casi inmediatamente. Partero que trajo a la vida tantos merideños, se le convocó para que ayudase a parir una vida nueva para su Universidad de Los Andes. Asumió ese

rectorado en 1958 y lo abandonó treinta (30) años después, en 1988, con intervalos de ausencia que le hicieron sumar un tiempo inverosímil de veintidós (22) años y siete (7) meses como rector.

Partero de esa Universidad que renacía, también se dedicó a hacerla. En la historia universal de la educación superior, pocas veces ha sido vista la realización de una obra universitaria de la magnitud que alcanzó la que Perucho llevó a cabo en la Universidad de Los Andes. Porque lo cambió todo. Él sabía que el que no cambiaba todo, no cambia nada.

Después, Perucho fue consejero presidencial, ministro, embajador. Pero nunca dejó de ser aquel hombre que ofrecía la tibia leche de la bondad humana. Íngrimamente honesto, cuando viajaba a Caracas, en ejercicio de su rectorado, llegaba a una modestísima habitación –buhardilla de un pobre hotel caraqueño– con un equipaje de estudiante provinciano. En una vieja y menuda valija traía una camisa, un par de calzoncillos y un libro de versos. Nada más. Cuando dejó de ser rector, el vehículo que tenía era un carrito muy viejo y muy barato.

Acaba de morir, octogenario. Pero eran ochenta años de juventud acumulada. Se marchó así, “ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”. Su Mérida le lloró, su Venezuela se conmovió con su pérdida, sus amigos, cada uno, le sentimos como un duelo de cada uno. Con vidas como la de Perucho–repetimos a alguien– la muerte pierde todo su señorío. (E)

